

Manuel Prendes Guardiola

INVITACIÓN A LA FLORIDA (Y A REVISAR EL CANON)

Por más que el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) abandonara su Cuzco natal a los veinte años y escribiera toda su obra hidalga y andaluzamente retirado, no sin justicia se le considera el primer escritor peruano. Como peruano se presentó siempre al escribir, planeó y ejecutó su obra como homenaje a su país de origen y, durante un par de siglos, el mundo entero (contó con lectores tan ilustres como Cervantes, Voltaire o Alexander von Humboldt) identificó la verdadera historia y realidad del Perú con lo narrado por Garcilaso en sus *Comentarios reales de los Incas*.

Mestizo bisnieto del Inca Túpac Yupanqui por vía materna, y emparentado por la del padre con generaciones de guerreros y escritores, buena parte de su vida habría dado para un relato del que él mismo apenas quiso escribir episodios dispersos: su testimonio en la infancia de la desaparición de los vestigios del recién sometido imperio incaico, la llegada de “las cosas nuevas de España”, las guerras por el poder entre los propios conquistadores y funcionarios de la Corona... En su testamento, el capitán Garcilaso dispuso que su hijo se trasladara a España para estudiar, ante el prometedor talento mostrado como su secretario e intérprete en lengua quechua. El joven Gómez Suárez de Figueroa, que aún no había adoptado el nom-

bre paterno, cumplió en parte la voluntad de su padre y señor y, aunque efectivamente estudió mucho una vez en la Península, no lo hizo en las aulas universitarias sino en el cómodo retiro de Montilla, donde su tío Luis de Vargas lo acogió como a un hijo. A la ciudad cordobesa llegó Gómez Suárez después de perder unos cuantos años no en colegios mayores, sino persiguiendo el amparo de parientes poderosos como el marqués de Priego, o bien pensiones de la Corona. También, sin lograr grandes ventajas, logró el grado de capitán luchando contra los moriscos de las Alpujarras en 1568.

En Montilla, lento y pacienzudo, el Inca Garcilaso se dedica a urdir la vasta obra de los *Comentarios reales de los Incas*. Esta crónica, cuyo primer tomo vio la luz en 1609, fue una de las más elegantes y perfectas muestras de la prosa española del Renacimiento, decisiva para la formación a lo largo de los siglos de una imagen del Perú, para el mundo y para los propios peruanos. Es lamentable que la importancia histórica de los *Comentarios* haya hecho olvidar, entre los mismos peruanos, la opera prima del cronista mestizo, que publicó cuatro años antes: *La Florida*, primer libro que firmaba con el nombre de “Inca”.

La Florida del Inca es la crónica de la frustrada conquista de los territorios que hoy

forman el Sur de los Estados Unidos. Garcilaso se interesó por aquel lejano episodio a causa de algunos lazos personales con su tierra natal, principalmente del veterano soldado Gonzalo Silvestre. Este no solo había estado en la Florida, sino tiempo después en el Perú, donde había participado en las guerras civiles de las que el cronista peruano fuera marginal testigo en la niñez. A esta coincidencia vivencial se uniría la de verse los dos como frustrados demandantes ante la Corte, así que no es de extrañar que hicieran buenas migas. Garcilaso llenó a Silvestre de preguntas sobre aquellas tierras americanas que extrañaba, y juntos compartieron coloquios y lecturas: se conserva hoy un ejemplar de la *Historia de las Indias*, de López de Gómara, profusamente rayado por ambos.

Hernando de Soto, caudillo de la expedición a la Florida, también había pasado por Perú. Estuvo muy presente en el crucial episodio de la captura del Inca Atahualpa en Cajamarca, del que, aparte de posteriores infamias y violencias, ha permanecido como consecuencia una pintoresca estampa recogida por don Ricardo Palma: De Soto enseñando al Inca a jugar al ajedrez para entretener los ocios de su cautiverio.

La Florida, como digo, es menos famosa que los *Comentarios reales*. También es muy distinta. La primera parte de los *Comentarios*, la más conocida y celebrada, abarca una historia de siglos a lo largo de la que se suceden como protagonistas todos los Incas, y la mitad se dedica a describir la geografía, las creencias, las costumbres y los conocimientos de los habitantes del Tahuantinsuyu hasta la llegada de los españoles. *La Florida*, por su parte, intensifica los elemen-

tos narrativos al concentrarse en los tres años de la expedición de De Soto y sus hombres, las tierras que conoce, las aventuras y desventuras por las que pasa hasta su muerte y la llegada a México —Nueva España— de los supervivientes. La obra empieza y termina con sendas travesías que contrastan amargamente: la gran flota que parte de España hasta Cuba y Florida (el mayor ejército que nunca había pasado a Indias, según el Inca Garcilaso) frente al regreso de unos pobres bergantines de construcción improvisada, amenazados por los naufragios y la hostilidad de los indios.

Lo que más va a interesar al Inca, según preambulatoria confesión, es la “historia de heroicos caballeros españoles e indios”. Por una parte, vemos que los trabajos y hechos de armas priman sobre lo descriptivo: si aquella época tenía ya en los libros de caballerías sus bestsellers novelas de aventuras, Garcilaso las denostaba como estilista y moralista (“toda mi vida... fui enemigo de ficciones como son libros de caballería y otras semejantes”) y busca frente a ellas “contar bien” una historia verdadera. Por otro lado, apreciamos un afán de ecuanimidad que el autor justifica en su sangre mestiza (“viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un español y de una india”), y que le lleva a encomiar a los indios como dignos rivales de los españoles, y aún más que eso. Su parcialidad en el proemio de la obra a favor de los europeos (“para honra y fama de la nación española, que tan grandes cosas ha hecho en el nuevo mundo, y no menos de los indios que en la historia se mostraren y parecieren dignos del mismo honor”) se ve desmentida en la lectura por el papel en general mucho más airoso de los indios,

de cuya gloria participa un Garcilaso que no se guarda de recordarnos que también es *indio*.

De este modo, alaba tanto la cortesía y nobleza de los caciques hospitalarios con los españoles, como el arrojo y la pericia en la batalla de sus enemigos. Ante el ímpetu de sus flechas las mejores cotas de malla de los españoles son “como holandas de Flandes”; en cambio, las tan mitificadas armas de fuego causan risa a los indios de la Florida. Estos aceptan y hasta vencen combates de igual a igual, o incluso en desventaja (un indio vence a dos españoles a pie y uno a caballo; otro resiste a siete españoles montados...); suelen, por cierto, quitar “los cascos de la cabeza, de las orejas arriba, con admirable maña y destreza” a sus enemigos vencidos, lo que nos recuerda, con unos siglos de anticipación, vecinas comunidades norteamericanas que la novela popular y luego el cine popularizarán como cortadores de cabelleras. La única ventaja de los invasores acaba por ser la caballería, a la que el Inca, diestro jinete en el Perú y afortunado tratante de caballos en Montilla, presta cariñosa atención. Pocos momentos más emotivos en *La Florida* que cuando los españoles, en su retirada, deben abandonar los últimos corceles, que mueren flechados por los indios ante la impotente vista de sus amos: “como si fueran hijos los lloraron”.

Los españoles, más que como grupo, cobran relevancia en la historia como individuos. Con alarde de memoria parecido al que, años atrás, había hecho en Guatemala Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Silvestre recuerda para la pluma de Garcilaso una galería de nombres y apellidos, temperamentos, costumbres o manías. Será por esto que, por más que muchos de

ellos aparezcan como nobles y valientes, acaben por resaltar mucho más sus debilidades. El Inca Garcilaso parece proponerles a los indios como un modelo de conducta en materia de piedad, lealtad y desprendimiento, habida especial cuenta que el gran defecto de los cristianos es la sed de oro. A esta se une también su desprecio hacia los nativos, que a menudo se manifiesta en violencia arbitraria. De Soto queda siempre absuelto de estos vicios, pero sufrirá sus consecuencias desde el primer momento, recibido como enemigo por los indios que recuerdan la crueldad de su predecesor, Pánfilo de Narváez.

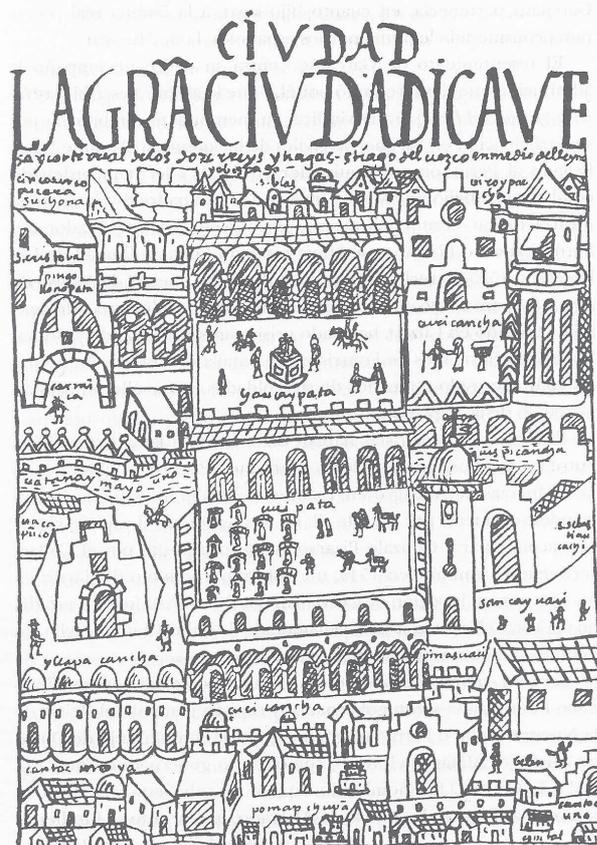
¿Qué se guarda el Inca, entonces, a favor de los conquistadores? En su conjunto, sin duda, ese arrojo no inferior al de los indígenas, reforzado por un compañerismo que se acrecienta a la par que las dificultades de la expedición: Garcilaso recuerda cómo, en la urgente construcción de los bergantines para descender el gran río (el Mississippi) y abandonar esas tierras de peligro e infortunio, “*todos trabajaban sin diferencia alguna de capitanes a soldados, antes era tenido por capitán el que más trabajo ponía en ellas*”. Y luego, en particular, personajes tan simpáticos o interesantes como Ortiz, que servirá como principal intérprete de la expedición tras haber vivido diez años entre los indios, primero como esclavo y más tarde salvado de la muerte a lo “Pocahontas” —o sea por intercesión de las parientas del cacique— y respetado como afortunado cazador. Hay también, en el otro extremo, quienes se quedan a vivir entre los indios, como Diego de Guzmán, enamorado de la clásica princesa nativa.

El heroísmo de unos y otros, como tema central de la Florida, no escatima como vemos

las crueldades y torpezas. Tampoco el ridículo al que pueden conducir el exceso de valentía y emulación, hasta la imprudencia, de indios y españoles, y que acaba en situaciones de humor tragicómico, grotesco y hasta quijotesco: recordaré por ejemplo los irreductibles indios de Vitachuco que, vencidos en la batalla, acaban refugiándose en las aguas de un lago desde donde agotan sus flechas desesperadamente

“y, para poderlas tirar desde el agua, porque no podían hacer pie, se subía un indio sobre tres o cuatro de ellos que andaban juntos nadando y le tenían en peso (...) De esta manera se entretuvieron todo el día sin rendirse alguno”. Más tarde, estos mismos indios prisioneros y trabajando para los españoles no tienen otra ocurrencia que la de atacarles “con las ollas de la comida que, según las tenían hirviendo, algunos salieron quemados. Otros les dieron con platos, escudillas, jarros y cántaros. Otros, con los bancos, sillas y mesas...”

Los episodios más dinámicos de su crónica merecen un gran reconocimiento a Garcilaso. El Inca es sin lugar a dudas un gran



La ciudad del Cuzco, en Guaman Poma de Ayala, *Nueva coronica i buen gobierno* (1615)

encima del caballeresco De Soto, el Gobernador y Adelantado del frustrado reino indiano de Florida. La suya es “de las mejores lanzas que a Indias Occidentales han pasado”, y menosprecia los consejos de prudencia de sus capitanes porque “no podía refrenar su ánimo belicoso ni gustaba de las victorias, si no era el primero en ganarlas”. Es también un idealista, a su manera, que busca gloria y fama antes que un oro que, tras la aventura del Perú, ya posee en abundancia. Emprende la conquista de la Florida “a su costa y riesgo”, “movido de generosa envidia y celo magnánimo” por las hazañas de Cortés en

“pintor de batallas”, en tono cómico pero también trágico, en la apreciación de los detalles individuales y encuentros particulares tanto como de los movimientos generales de la masa. Domina la tensión y el suspense en momentos como las persecuciones: la que sufre Gonzalo Silvestre cabalgando durante días sin descanso hasta reunirse con De Soto, o la de los españoles fugitivos de la Florida acosados río abajo por centenares de canoas.

Pero ningún personaje destaca por



México y de la “hueste perulera” en el imperio de los Incas. Pero donde estos hallaron triunfos, De Soto se pierde con sus hombres y sus bienes.

Tal vez sea su fracaso lo que lo convierte en un personaje más complejo e interesante, ocasional héroe tragicómico al estilo de don Quijote (cuya primera parte vio la luz, por cierto, el mismo año que *La Florida*). Las grandes expectativas del Adelantado se verán completamente frustradas, desde la misma ausencia de riquezas minerales o de grandes ciudades a lo largo de los vastos territorios norteamericanos. En cuanto a los temibles indios, ingenua y tenazmente pretende atraérselos como amigos, lo cual a menudo lo pone en situaciones humillan-

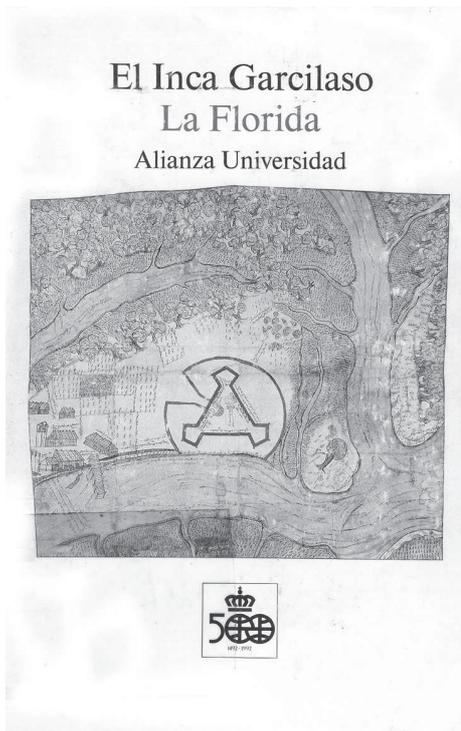
tes. Por ejemplo, la táctica de los rehenes, tan eficazmente empleada por Cortés y por Pizarro, a De Soto le resulta poco afortunada con el cacique Vitachuco, quien tras el pacífico almuerzo “se levantó en pie con toda la bravosidad y fiereza que se puede imaginar y en un instante cerró con el Adelantado, a cuya diestra había estado al comer, y, asiéndole con la mano izquierda por los cabezones, con la derecha a puño cerrado le dio un tan gran golpe sobre los ojos, narices y boca que sin sentido alguno, como si fuera un niño, lo tendió de espaldas a él y a la silla en que estaba sentado, y para acabarlo de matar se dejó caer sobre él dando un bramido tan recio que un cuarto de legua en contorno se pudiera oír. (...) Los dientes y muelas [le] quedaron de tal manera atormentados que se le andaban para caer, y en más de veinte días no pudo comer cosa que se hubiese de mascar, sino viandas de cuchara”. Otras veces, los mismos indios amigos se aprovechan de su nobleza, poniendo a De Soto ante la evidencia de que los nativos no lo identifican como un superior, sino como un aliado útil al que abandonan rápidamente una vez librada su guerra particular contra tal o cual tribu vecina (nada que ver con los fieles tlaxcaltecas cortesianos).

La candidez en el Adelantado se muestra también en un idealismo que lo eleva sobre la codicia de su hueste. Esta diferencia de talante e intereses supone la gran decepción para Hernando de Soto. Disfrazado de noche entre sus hombres, al estilo del Enrique V shakespeariano, descubrirá los planes que se rumorean de abandonarle a causa de la ausencia de botín de la expedición. A falta de naves que desarmar para cortarles la retirada, De Soto toma una resolución inversa y se aleja de la costa. Comete aquí su error fatal, retratado por

el Inca como una especie de locura vagabunda. Bien podría simbolizarla, siglos más tarde, el monumento al conquistador que hoy se levanta, sobre un caballo más de aire que de bronce, en su Barcarrota natal: “anduvo de allí adelante gastando el tiempo y la vida sin fruto alguno, caminando siempre de unas partes a otras sin orden ni concierto, como hombre aburrido de la vida, deseando se le acabase”.

No olvida Garcilaso, sin embargo, redimir al héroe de su locura. Lo hace volver en sí y concebir el propósito de reemprender racionalmente su conquista, proyecto que frustra su inesperado fallecimiento. Este constituye un episodio ejemplar de cristiana y sacramentada “buena muerte”, después del cual Hernando de Soto pasa al reino de la leyenda sepultado en las aguas del Mississippi (río que sus hombres fueron los primeros europeos en admirar y navegar): “los indios, no viendo al gobernador, preguntaban por él, y (...) los cristianos les respondían que Dios había enviado a llamarle para mandarle grandes cosas que había de hacer luego que volviese”.

La muerte del héroe determina en el relato el fracaso definitivo de la conquista, al carecer los españoles de otra figura capaz de sustituirle. Llega el momento de una retirada miserable y desastrosa rumbo a México, a la que pocos sobreviven para contar su historia y asentarse humil-



demente, lamentando la gran ocasión perdida de convertirse en señores de un imperio: “¿No eran mejores las tierras que dejamos que éstas en que estamos? (...) ¿No fue mejor haber muerto allí que vivir aquí?”.

Pasando a otros personajes, podría sorprender en una narración tan bélica como *La Florida* la importancia que adquieren varios caracteres femeninos, ejemplo siempre de nobleza y de buen juicio. Está en primer lugar la esposa de De Soto, Isabel de Bobadilla, “mujer de toda bondad y discreción”, que sustituye a su esposo en el gobierno de Cuba, y desde

allí se mantiene en contacto con la expedición. Perdido este, enviará naves en busca de su esposo hasta la misma Tierra de los Bacalaos (el actual Canadá), y muere finalmente de pena al llegarle las noticias del desastre. Entre las mujeres indias, destacan la esposa y las hijas del cacique Hirrihigua, que salvan a Juan Ortiz, o la señora de Cofachiqui, que al recibir a los españoles es comparada con la misma Cleopatra de Egipto, y que “se volvió a su pueblo dejando a nuestros castellanos muy satisfechos y enamorados así de su buena discreción como de su mucha hermosura, que la tenía muy en extremo perfecta”.

Si tales personajes garantizan episodios memorables a lo largo de *La Florida*, también los encontramos en la descripción de un mun-

do que conscientemente se percibe como nuevo. En este caso no encontramos la exuberante naturaleza tropical que fascinó a los españoles desde el primer momento, o sea desde el diario de Colón, sino una más parecida a la de Europa, como sucede con la Norteamérica continental, pero donde plantas, animales y accidentes geográficos adquieren proporciones desmesuradas. Garcilaso se maravilla, ante el asombroso recuerdo de Silvestre, de aquellos ciervos que son “como grandes toros”, o ante el gran río que se sale de su cauce con las lluvias de modo que “era cosa hermosísima ver hecho mar lo que antes era montes y campos”. Se intriga ante el misterio de las “vacas” —los bisontes de la gran pradera— cuyos rastros encuentran por doquier, pero que jamás llegan a encontrar. Lo maravilloso entra en la crónica de Garcilaso también por la vía de lo sobrenatural, con misterios como el del gran templo de Cofachiqui o incluso milagros.

Crónicas de Indias como *La Florida del Inca* pueden proporcionar al lector de hoy la misma sensación que la narración de aventuras, modalidad textual que aún tardaría mucho en aparecer y tomar forma, y que nunca acabaría de cuajar en lengua española. Mientras unos pocos exploraban nuevos mundos, la renovada prosa áurea castellana prefería volver sus ojos hacia las alturas celestiales o a la sombría terrenalidad de la picaresca. Ya por ser historiador, o por ser americano, el mestizo Garcilaso de la Vega carece de mención en los libros de texto y los jóvenes se inician en la prosa del Renacimiento con novelas tal vez superiores en “contenido” (retrato social y filosofía a la moda, que como buenos clásicos para todo sirven), pero muy ar-

duas tanto para ellos como para el mismo profesor si está poco motivado. Por culticonceptismo o por coloquialismo, la lengua de la narrativa áurea ha envejecido notablemente; en cambio, los escritos del Inca Garcilaso, quien subordinaba su vocabulario, su frase y su relato al orden y a la claridad, fluyen hoy con mucha más facilidad y menos recurso a un grueso aparato de notas. Nos podríamos preguntar si los estudiantes no recibirían a nuestros clásicos con algo más de benevolencia si los empezaran por *La Florida del Inca* (historia que dice no ser una novela aunque verdaderamente es digna de serlo), en vez de por la aparente liviandad del *Lazarillo*, la aparente pesadez del *Quijote*, las estampas vodevilescas de las *Novelas ejemplares*, el exhibicionismo verbal y los fantoches del *Buscón*.

Claro que soy consciente de que no corren los mejores tiempos para esa inclusión. Pese a su refinamiento estilístico, *La Florida* resultaría probablemente demasiado salvaje para los paladares pedagógicos actuales (no tanto tal vez para los estudiantes, pero ellos cuentan menos). El enfoque transversal de Educación para la Paz dudo que permita el relato de tales ferocidades, además interraciales, si no lo remedia —que pudiera ser— la presencia del fenómeno de la sangrienta Resistencia Indígena, que tanto entusiasma a algún sector no sé si en alza del pacifismo. Así que habremos de seguir pacientemente con el *Quijote*, debidamente aligerado, entre otras cosas de su elogio de las armas en detrimento de las letras. Esas armas y esas letras que, por el contrario, Garcilaso prefirió equiparar en su blason, al tiempo que llamaba expresamente, en la misma *Florida*, a la difusión de la enseñanza de las letras entre los indios.